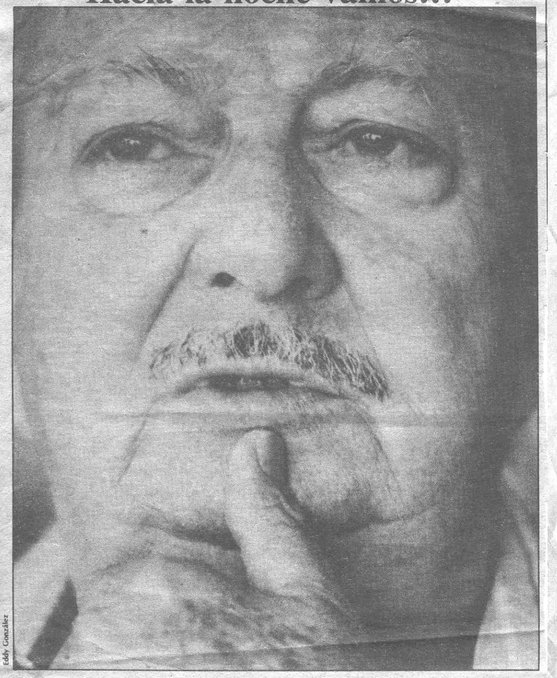
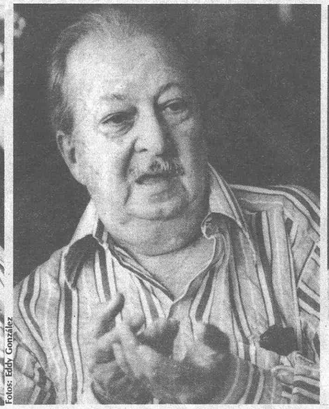
"Hacia la noche vamos..."

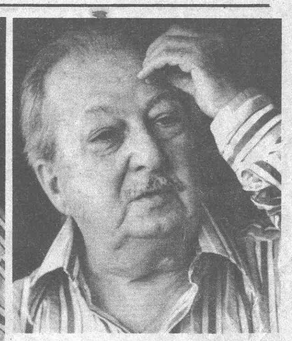


Eddy González

El 2 de junio será una fecha importante porque cumple años un poeta. Setenta años sobre la tierra, soñando y fabricando sueños, enterará Vicente Gerbasi. En vísperas de ese acontecimiento, contó su existencia, algo de lo que ha hecho y mucho de lo que piensa hacer. Porque todas las noches, cuando cierra los ojos, vuelve a su juventud. Y entonces, con sus amigos de la República del Este, comen, beben y discuten a bordo de uno de esos barcos que surcaron el Mississipi, en la época de Mark Twain. Nació en Canoabo y pudo vivir en muchas partes, simultáneamente, "porque el tiempo no existe, lo hace uno". Y siempre, del brazo de la poesía, "ese ejercicio mental del alma, que es diabólico y angélico a la vez". *(páginas 26 y 27)*



Fotos: Eddy González



Vicente Gerbasi

La poesía

SOBRE el corazón de Vicente Gerbasi titilan las estrellas. Titilaban en 1943 cuando escribió aquellos primeros poemas de la noche y de la tierra, titilan ahora, cuando está próxima la celebración de sus setenta años, el 2 de junio. En los ojos del poeta brilla una alegría casi de niño, porque en estos días, más que nunca, es posible abrir los brazos a los amigos, conversar, recordar, evocar una vez la mágica presencia de Canoabo y hasta cantar.

Consuelo, la esposa que comparte su vida desde hace más de cuarenta años es la presencia viva, afectuosa, que a veces lo regaña amistosamente y otras lo contempla sin disimular su admiración. En el pent-house luminoso, amplio pero sencillo, están los objetos que testimonian de largos años de peregrinaje por el mundo, invertidos en una prolongada carrera diplomática. Fotografías de los hijos, Fernando, Gonzalo y Beatriz; cuadros, libros, en fin, la memoria de una vida plena y vigorosa. Al recibir a El Diario de Caracas, comenta: "Ese periódico salió bueno desde el principio". Y su brindis es cálido: "Salud y que Dios los bendiga...".

El tiempo, lo hace uno

—En "Tirano de sombra y fuego", escrito en 1955, un verso dice: "La vida del hombre pasa como un día". Al cumplir setenta años ¿siente acaso que todo ha sido como un día?

—En realidad, mi vida no pasó como un día. Pero si uno sintetiza el tiempo, pareciera que la vida fuera un día. Aunque al analizar todo lo hecho, los acontecimientos, los recuerdos, las vivencias, las experiencias, entonces la vida parece más bien larga. La naturaleza no es Dios y ella nos ha impuesto este límite que es el que nos angustia, nos crea ese permanente afán de vivir cada vez más y hacer lo posible por dejar algo importante hecho. Esto hace que cuando se llega a viejo, se le da más valor a lo que queda de tiempo. Y el tiempo es un acontecer, el tiempo no existe. El tiempo lo hace uno.

—Pero el tiempo tiene siempre el mismo final: la muerte...

—Exactamente. Esa es la finitud que nos angustia. Lo planteó profundamente y en tan corto espacio de escritura, Heidegger en su libro **El ser y la nada.**

—¿Piensa con frecuencia en la muerte?

—Pienso a cada momento que voy a morir. Pero al mismo tiempo, pienso que estoy viviendo y que puedo vivir más todavía. Ya últimamente, me he ido poniendo de acuerdo con la muerte.

—¿Es posible eso?

—Sí, como no. Uno se va poniendo de acuerdo con la muerte de diferentes maneras. En primer término, comprendiendo que ella es un hecho inevitable, inexorable. Luego, sabiendo que la vejez es una enfermedad que lo destruye a uno definitivamente. Lo erosiona. Así como desaparecen las montañas con los vientos, así desaparece un hombre. Y donde había montañas, después hay llanuras y desiertos. También me he ido poniendo de acuerdo con la muerte, a través de un sentimiento religioso, porque eso de creer en la nada absoluta, es desesperante. Podría compararse, sin duda alguna, la muerte con el sueño, porque cuando se duerme no se piensa en nada, a menos que la persona sueñe mucho. Yo sueño desde el momento que me acuesto hasta cuando me despierto.

—¿Qué sueña?

—Todo. Las cosas más extraordinarias de la tierra. Mi vida en el sueño es mucho más importante, más rica en aconteceres, experiencias, descubrimientos, hallazgos, paisajes, hasta ciudades interplanetarias a veces, que la vida real.

—Es curioso sin embargo, que su poesía sea tan poco onírica, sino al contrario, muy real, llena de paisajes, de imágenes concretas.

—Es verdad. Los sueños, casi no los he aprovechado en la poesía, aunque sí cierta parte de ellos. Indudablemente, es imposible evitar lo que uno sueña cuando está dormido. Son acontecimientos que parecen reales y cuando uno despierta, encuentra que es un mundo distinto, aparte. Por eso, un poeta tiene que separar la vida real de la vida del sueño.

—¿Siempre soñó tanto? ¿Hasta cuando escribía sus primeros poemas?

—Siempre. No hay una noche de mi vida que no haya soñado. Durante estos últimos años, sueño que viajo en un barco de chapaletas, que tanto recuerda, con tan bello humorismo y tan bella nostalgia, Mark Twain. Esos barcos viejos del Mississipi, del siglo pasado: hace años que viajo en ellos. No me he encontrado con Twain, pero sí con Mariano Picón Salas, Eddie Morales Crespo, Miguel Otero Silva, en fin con todos mis amigos. Bajamos de ese barco, descendemos por una escalerilla de bambú, entramos a un barco que parece como chino. Y allí, almorzamos, tomamos tragos. He trasladado la República del Este a estos bares chinos de mis sueños.

No tener amigos, es un mal negocio

Para usted, como para muchos hombres de su generación, la amistad es algo muy importante, a veces exageradamente importante. ¿Por qué?

—Para mí la amistad es sagrada, porque es un valor moral. Un valor espiritual y un apoyo en la vida. Si uno tiene un amigo de verdad o varios amigos, se siente apoyado por ellos. Y se debe tener gran respeto por ellos, así como lo tienen por uno. Por otra parte, el que no tenga amistades hace un mal negocio. Porque si uno no es millonario, puede vivir de los amigos. Ellos son los que lo ayudan a uno a conseguir un puesto, por ejemplo, sobre todo si somos funcionarios y queremos trabajar en tal o cual lugar.

—¿Funcionario? ¿Lo es todavía?

—Todavía. Soy director de la Revista Nacional de Cultura y por lo tanto, funcionario del Conac. Después que salí por segunda vez del servicio exterior, he sido director de la revista hace ya doce años.

—Así que le tocó vivir el cierre de la revista. Sin dar nombres, ¿le parece normal que un ministro de la Cultura cierre una revista nacional de cultura?

—Claro que no. Me parece un disparate. Una incongruencia. Hay una palabra exacta que no encuentro en este momento.

—¿Crimen quizá?

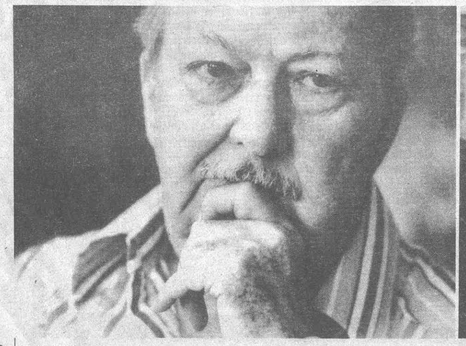
—Bueno, digamos que me parece una puñalada contra la cultura. (Se ríe) ¿Piensa poner eso?

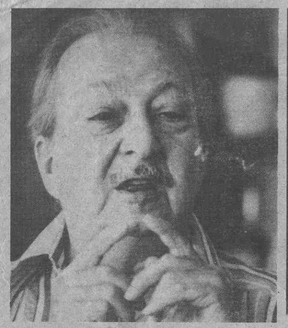
—¿Tiene una posición definida frente a la política cultural del Estado?

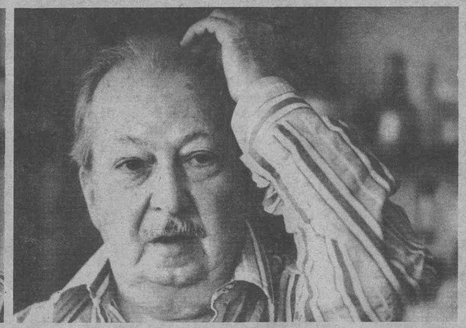
—Eso es algo complejo. Cuando Carlos Andrés Pérez iba a tomar posesión, nombró una comisión muy amplia para que hiciéramos una ley del Consejo Nacional de la Cultura. Fue aprobada por el Congreso Nacional y es la que está en vigencia. Diseñamos una política cultural que se ha realizado en parte.

—¿Estima que ha sido violada?

—Sí, porque este un país ejecutivista, con una constitución presidencialista. Y también ministerialista, gerencialista, puesto que los gerentes tienen todos los poderes. Este es un país de jefes. Por eso es que Venezuela, desde el punto de vista político, durante y fuera de la







Para el autor de "Los espacios cálidos" y "Mi padre el inmigrante", el tiempo es un acontecer, no existe", ya que "el tiempo lo hace uno". No le importa hablar de la muerte, porque "se ha ido poniendo de acuerdo con ella". Al venezolano, afirma, no es que le guste gobernar, "lo que le gusta es ser jefe". Todavía habitan en él la imagen del padre y los rincones más secretos de su pueblo natal, Canoabo.

Miyó Vestrini

cumple 70 años y sigue soñando

tiene algo de diabólico y de angélico

Diseño: Francisco J. Arteaga Ch.

independencia, estuvo enguerrillada permanentemente. Al venezolano no es que le gusta gobernar, no. Lo que le gusta es ser jefe. Y el más jefe de todos fue el general Gómez.

—En cierta forma, ¿no se siente algo responsable de esa política cultural incumplida?

—No, porque a mí me descartaron de todo eso. Puse mi grano de arena en las ideas que se dieron para estructurar la ley. Pero yo nunca pertenecí a la dirección del Conac.

—¿Por qué?

—Bueno, tal vez porque no me conocieran. Mucha gente cree que yo vivo en la luna.

—¿No sería más bien que usted no quería meterse en eso?

—No. Si hubieran querido nombrarme en la directiva del Conac, lo habrían hecho, ¿no? Eso lo digo con toda sinceridad, porque no me gusta tener espinas que molesten.

—Entonces, ¿le habría agradado estar en la directiva del Conac?

—Claro que sí, por supuesto. Pero a uno lo van desechando como chatarra, como un carro viejo. Y no me gusta eso. Así que me quedo callado y hago lo que puedo. Me siente contento cuando publico un libro. O cuando me dan un premio como el que me entregó el Presidente, al mejor libro del año, el premio del Conac.

Una inmensa angustia

—La imagen del padre, tan importante en su poesía, está con frecuencia rodeada de angustia: padre de mi tristeza nocturna, padre de mi soledad, padre de mi universal angustia. ¿Por qué el padre genera tales sentimientos?

—Yo tenía quince años cuando él murió. Había pasado en Florencia esos años tan importantes del ser humano, como lo son entre los 10 y 15, casi al fin de la infancia y parte de la adolescencia. En Italia, viví intensamente, terminé la secundaria muy rápido porque en mi casa, mi padre y mi madre me habían enseñado el italiano severamente. Lo escribía y lo leía como cualquier otro muchacho italiano. Al regresar, y cuando vino la depresión económica, mi madre se tuvo que ir con nosotros a Valencia. No pudimos hacerle un trabajo a la tumba de mi padre en Canoabo. Y sus huesos pasaron a un osario común. Yo escribí un poema sobre eso. ¿Por qué me angustia mi padre? Primordialmente, por su propia vida. Pero en segundo lugar, porque cuando regresé de Italia, yo también sentí la experiencia del inmigrante.

—¿Se sintió como su padre?

—Mi padre y yo somos como la misma cosa. Cuando regresé a Canoabo, ese pueblo donde nací, me agradó muchísimo volverlo a ver. Pero yo casi no hablaba español. Y conversaba con el pulpero de la esquina, frente a mi casa. La angustia de mi padre era mía en ese momento. Pensé mucho en lo que tuvo que hacer para poderse adaptar a una Venezuela todavía muy primitiva. Eso me produjo una inmensa angustia. Me siento realmente dueño de todo lo que dije en **Mi padre el inmigrante.**

—Dejando a un lado la anécdota, hay en ese poema una escritura perfectamente medida, dentro de la más pura tradición española. Un esfuerzo de la palabra...

—Mire, yo siempre he dicho que la poesía es un ejercicio mental del alma, expresado a través del lenguaje. No se puede explicar como se es poeta o porque no se hace un poeta. Hay gente que nace con un poder sensorial especial.

—¿Niega, pues, el ejercicio teórico en la poesía?

—No creo en los poetas espontáneos o **naifs.** Yo no lo soy. Leí mucho. Como decimos los venezolanos, nos fajamos a leer y a estudiar y a trabajar. Aparte de lo que aprendí en Italia, en la secundaria, el grupo **Viernes** fue un verdadero seminario de literatura. Hice un gran esfuerzo para leer todo lo que pude durante muchos años. Ahora leo con menos entusiasmo que antes. Y es que no todos los días aparece un libro como Cien años de soledad. Uno lee lo mejor que encuentra.

—¿Sigue pensando hoy que la repercusión del grupo Viernes fue de singular importancia?

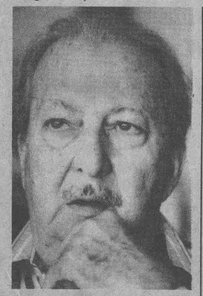
—Nosotros hicimos una revolución estética en Venezuela. Estábamos cansados de oír la poesía de álbumes. Pero también comprendimos que dentro de esa corriente se salvaban muchos como Andrés Eloy Blanco, Lazo Martí, Arvelo Torrealba, Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Rodolfo Moleiro, el maestro Calcaño, incluso. Y estoy convencido que no se escribe igual en Venezuela, después del grupo Viernes.

La historia del padre

—Su padre llegó a Venezuela hacia 1892. Le faltaba un año para ser sacerdote. ¿Qué le ocurrió entonces?

—Algo realmente interesante. Y lo voy a contar. Mi padre tenía una joyería en sociedad con un suizo llamado Mosser. Estaba situada en una esquina de la plaza Bolívar de Valencia, exactamente en diagonal con la catedral. Un día llegó el mocho Hernández y pronunció un discurso. Cuando terminó, mi padre, con acento macarrónico muy marcado, le dijo: "General, me gustó mucho su discurso". Y el mocho le contestó: "Me alegra. ¿No quisiera usted ser soldado mío?" Mi padre dijo: "Con mucho gusto. Yo vengo de un país donde Garibaldi hizo lo que usted está haciendo aquí, entonces con gusto seré soldado suyo". Después, y aquí comienza el cuento con toda la belleza del mundo, mi padre le dijo a Mosser, "me voy con el mocho Hernández". ¿Y qué hacemos con estas joyas que tenemos?, le preguntó el suizo. Mi padre decidió; vamos a poner esto en un montón y vamos a cortarlo con un cuchillo, como si fuera un queso. "La mitad para ti y la otra para mí". Así lo hicieron, con gran seriedad: se repartieron un gran queso de joyas. Mi padre metió lo suyo en una bolsa y se fue con el mocho Hernández. Durante unas operaciones del mocho en la zona del distrito Bejuma, apareció en medio de montañas maravillosas, con gran vegetación, con fauna y flora paradisiacas, heréticas, casi evangélicas, un pueblito. Y el mocho preguntó: "¿Cómo se llama ese pueblo que está allí en ese hoyo?" Y un oficial le dijo: Canoabo. Entonces el mocho les ordenó: "Necesitos tres hombres para que tomen ese pueblo. El primero que sea Gerbasi. Y procuren que no haya derramamiento de sangre". Así fue. No hubo ni un tiro y se quedaron allí. No eran gobernantes, sino amigos. Y mi padre puso un negocio, una tienda de telas muy lindas. También abrió una sección de farmacia. Y aparte, víveres: sardinas, ciruelas pasas, tabaco en ramas, chimó, cigarrillos. Después vino el alzamiento del mocho contra Castro que lo había nombrado ministro. El mocho lo retó en la Cortada del Guayabo y en dos minutos, fue derrotado. Más adelante, mi padre se fue a las montañas cercanas al pueblo y puso una pulpería. Vendía tragos y otras cosas a los campesinos. Pero pienso que los tragos se los bebía más él que los demás. (Se ríe).

Vicente Gerbasi terminó el cuento y quedó silencioso unos minutos. Habría luego que recordar otras cosas, otros lugares. Pero lo esencial, Canoabo, es en definitiva lo que marcó su más hermosa y significativa poesía, sobre todo la de **Mi padre el inmigrante** y **Los espacios cálidos.** Para él, "la poesía tiene un poder diabólico y angélico a la vez". Y esa poesía, la del padre, la de la tierra, es lo que en sus setenta años, sigue siendo la vida. Simplemente , la vida.



El poeta está convencido de que "en Venezuela no se escribe igual después del grupo Viernes.

Mi padre el inmigrante

(Fragmento)

VENIMOS de la noche y hacia la noche vamos.
Atrás queda la tierra envuelta en sus vapores,
donde vive el almendro, el niño y el leopardo.
Atrás quedan los días, con lagos, nieves, renos,
con volcanes adustos, con selvas hechizadas
donde moran las sombras azules del espanto.
Atrás quedan las tumbas al pie de los cipreses,
solos en la tristeza de lejanas estrellas.
Atrás quedan las glorias como antorchas que apagan
rachas seculares.
Atrás quedan las puertas quejándose en el viento.
Atrás queda la angustia con espejos celestiales.
Atrás queda el tiempo como drama en el hombre:
engendrador de vida, engendrador de muerte.
El tiempo que levanta y desgasta columnas,
y murmura en las olas milenarias del mar.
Atrás queda la luz bañando las montañas,
los parques de los niños y los blancos altares.
Pero también la noche con ciudades dolientes,
la noche cotidiana, la que no es noche aún,
sino descanso breve que tiembla en las luciérnagas
o pasa por las almas con golpes de agonía.
La noche que desciende de nuevo hacia la luz,
despertando las flores en valles taciturnos,
refrescando el regazo del agua en las montañas,
lanzando los caballos hacia azules riberas,
mientras la eternidad, entre luces de oro,
avanza silenciosa por prados siderales.

II

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.
Los pasos en el polvo, el fuego de la sangre,
el sudor de la frente, la mano sobre el hombro,
el llanto en la memoria.
Todo queda cerrado por anillos de sombra.
Con címbalos antiguos, el tiempo nos levanta.
Con címbalos, con vino, con ramos de laureles.
Más en el alma cae acordes penumbrosos.
La pesadumbre cava con pezuñas de loco.
Escuchad hacia adentro los ecos infinitos,
los cornos del enigma en vuestras lejanías.
En el hierro oxidado hay brillos en que el alma
desesperada cae,
y piedras que han pasado por la mano del hombre,
y arenas solitarias,
y lamentos del agua en cauces penumbrosos.
¡Reclamad, gritando hacia el abismo,
el mirar interior que hacia la muerte avanza!
En nuestras horas yacen reflejos de heliotropos,
manos apasionadas, relámpagos del sueño.
¡Venid a los desiertos y escuchad vuestra voz!
¡Venid a los desiertos y gritad a los cielos!